

GUADIX, CIUDAD DEL MAÑANA

Pregón de la Feria de Guadix (1999)

Miguel DE HARO SERRANO

Excmo. Ayuntamiento; Ilmo. Sr. Alcalde; Ilmas. Autoridades;

Accitanos, Visitantes; queridos amigos y amigas:

Aquí, “en este pliegue de Sierra Nevada, a noventa leguas de Madrid y a mil leguas del mundo” (Alarcón); aquí, para los de mi generación, soy un hombre sin nombre, sin historia. Soy, simplemente, el hijo de don Miguel de Haro, el maestro de baja estatura y de altas miras que, con carácter y vocación, enseñó a medio pueblo a leer y escribir y le creó inquietud por un futuro mejor; el maestro que demostró el valor de la educación en la modernización de una sociedad.

Un hombre sin nombre ha de estar muy agradecido a su presentador, Paco Funes, que excediéndose en elogios —que es lo que tiene que hacer el buen presentador— me ha sacado del anonimato y me ha elevado a la categoría de héroe local. Paco, te has pasado. Tres presentaciones tuyas me hacen tan popular como *Paquillo* Fernández, al que Cervantes le diría hoy “las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan”¹.

Un hombre sin nombre, hasta ahora, ha de agradecer a la Corporación municipal y a su Alcalde, que en un gesto de excesiva confianza, cercana a la temeridad, le haya otorgado uno de los mayores honores al que un accitano pueda aspirar, pregonar la Fiesta Mayor de la Ciudad. Ni el pregonero pudo llegar a más ni Guadix, a menos.

Y del mismo modo, este pregonero ha de agradecer la cortesía de su asistencia a cuantos accitanos y visitantes nos acompañan en este acto inaugural de la Feria. Gracias, muchas gracias.

De lo que se trata es de pregonar a la Ciudad, mil veces milenaria, que se dispone a salir de un siglo e iniciar un nuevo milenio, en la antesala de sus fiestas de septiembre. Que es tanto como pregonar la ciudad del mañana, inventar su futuro sin olvidar su ayer. Un ayer grande, elocuente, inacabable... en las artes, las letras, las armas o lo sagrado. Un ayer que no puede apagar el ayer de cada día, el de las historias pequeñas de muchos accitanos que creyeron en esta tierra, que la amaron.

La vida humana, según Ortega, es constante ocupación con algo futuro; vivir es, siempre, sin pausa ni descanso, hacer. Ser un pueblo de hombres —dice— es “poder seguir hoy en su ayer, sin dejar por eso de vivir para el futuro, poder existir en el verdadero presente, ya que el presente es sólo la presencia del pasado y el porvenir, el lugar donde pretérito y futuro verdaderamente existen”².

Quiero pregonar una ciudad del mañana, el Guadix del mañana, cuya primera meta hay que situarla en el año 2020. Jalonar el futuro para dominarlo mejor. Llenarlo de ideas utópicas y revolucionarias. "Las ideas no están hechas para ser pensadas, sino para ser vividas" (André Malraux).

Cuando hace dos años empecé a hablar del proyecto Guadix 2020, en una reunión de viejos y nuevos amigos, no faltaron los comentarios jocosos. A presentes y ausentes les busqué acomodo en ese año que veían tan lejano. Al Obispo, Arzobispo emérito de Toledo; al Alcalde, cansado de ser Alcalde, Presidente del Parlamento andaluz; a uno que mal rima, poeta eximio; a otro, jurista de fama internacional; al de más allá, rico empresario; y al más sarcástico le anuncié que, junto conmigo, estaría criando malvas muchos años antes de la fecha que tanta risa le provocaba.

Un pueblo de hombres supone vivir para el futuro, vivir sin pausa..., sin descanso..., hacer. ¿Cómo era ese vivir de las gentes –hombres y mujeres- de mi generación.

Cuando niños, eramos alegres, confiados, picarones sin malicia, y emprendedores e imaginativos. ¿No había piscinas? Nos bañábamos en la balsa de Chiribayle, abastecida con la acequia de su nombre, que ya existía en tiempo de los moriscos, y una de las muchas acequias que regaban la vega. Nos bañábamos como podíamos, con bañador o sin él, o más ridículos todavía, en calzoncillos transparentes. Una vez, un gracioso –un *malafondinga*-, porque malas sombras los había, tiró a la balsa un calcetín de mi hermano Rafael. No fuimos capaces de rescatarlo, por la sencilla razón de que nadie sabía nadar. Calcetín perdido, reprimenda en casa.

¿No había campos de deportes? Habilitábamos las placetas del Conde Luque o las de los Carros. Sin complejos. Jugábamos al salto de *mela* o al *boli* sin más herramientas que dos simples palos (*Boli, troqui, chichanga*, decíamos). ¡Y tan felices!

Cuando llegaba la Feria, a finales de septiembre, nuestra imaginación se desbordaba, admirada por los ingenios de la mecánica de aquellos tiempos: los columpios, los caballitos y, más adelante, los coches de choque. Con admirarlos bastaba, que las pesetillas eran para el chocolate y los tejeringos en los bodegones. Los mayores ya saboreaban el delicioso café *Carval*, producto de la tierra. Gracias a los más afortunados, que los había, los tirititeros y demás *troupe* de feriantes podían malvivir.

La feria de ganado, en el río, era un espectáculo siempre gratuito y regocijante. En mi vida he visto tantos burros juntos, entre los de los indígenas y los de los foráneos. Los prolegómenos del trato, con el mismo rito de siempre (*traiga un billete, amigo; ¿usted quiere, de verdad, comprar esa bestia?, venga usted conmigo; etc., etc.*) parecían diferentes según la labia del tratante. Los gitanos se llevaban al huerto a los payos.

Cuando ya vestíamos pantalones bombachos, sobre los 17 años, lo más admirable de las Fiestas, al menos para mí, era la posibilidad de salir a la calle después de cenar; romper con los horarios habituales, palpar la libertad, que consistía en volver a las doce de la noche y disponer de más tiempo para pasar más frío. La austeridad de nuestra educación nos permitía alcanzar con facilidad la felicidad.

Mal hablados y machistas, también lo éramos, que de santitos, nada: *Tonto de la po... , ya no te lo digo..* O cuando coreábamos por lo bajo con la banda de tambores y

cornetas aquello de *Putas, putas son / las que están en la ventana. / Putas, putas son / las que están en el balcón.*

En la Escuela de don Miguel, a pesar de sus exigencias, se disfrutaba con sus enseñanzas, siempre amenas. Quería y se le quería. Y se le respetaba. Entre lección y lección, un canto:

“A mí me gusta lo blanco,
Viva lo blanco, muera lo negro.
Que lo negro es cosa triste,
Yo soy alegre,
Yo no lo quiero, yo no lo quiero.”

Llegó la diáspora de los años 50. Unos se quedaron y otros nos fuimos. No sé quien lo pasó peor en la travesía del desierto. Pero gracias a los que permanecieron se levantaron los pilares de una nueva ciudad que, sin alcanzar aún la prosperidad son la base para su modernización. No se puede hablar de la ciudad del mañana, la del nuevo milenio, sin reconocer lo que ellos hicieron por Guadix, junto a sus hijos y mujeres; junto a los emigrantes que volvieron y con los extraños que con ellos se identificaron, para mantener el fuego sagrado de una ciudad histórica, tan rica en valores morales como escasa en recursos económicos. Me los imagino día a día, soñando en el mañana, rota el alma, mantenidos con el frágil hilo de la esperanza, asidos a la memoria de los personajes de la historia que también fueron heridos en las batallas antes de alcanzar la gloria.

Desoyendo el consejo de Platón de no dar nombres para evitar olvidos y no cometer injusticias, me cuesta mucho trabajo no recordar al menos a los que han creado escuela entre los años 60 al 90. En lo musical, a Carlos Ros, que ha convertido en un pueblo con apenas tradición en este arte en una inmensa coral. A otro Carlos, vecino de la calle de la Concepción, Carlos Asenjo, en el campo de las letras, por su continuada investigación de nuestro pasado, cultivando a la vez la novela, el ensayo, la biografía o el periodismo. Quiero recordar también a otro compañero de Escuela, José Luis de los Reyes, por su ejemplar obra a favor de un grupo desprotegido de la sociedad. A Rafael Varón, que, con la cooperación de las Teresianas, Doroteas y otros generosos voluntarios, ha realizado el milagro de integrar a la sociedad un barrio casi perdido. Y a otros muchos que desde el anonimato de la empresa, el comercio y el turismo, han hecho posible que se pueda alcanzar una mayor prosperidad en el futuro.

Gracias a los que se quedaron, Guadix es lo que es. Una ciudad en un proceso de desarrollo económico en situación de despegue. Con un desarrollo cultural, deportivo y social como nunca se ha conocido. Sin ellos, Guadix habría sido una ciudad sin posibilidades de futuro, sin esperanza. Una ciudad muerta.

Los que nada, o poco, hicimos por ella, desde lo más profundo de nuestro corazón, clamamos mil veces gracias. ¡Que la Historia os premie vuestro valor!

Nuestras Fiestas, que hoy se inician, son las últimas que se celebran en este siglo. Faltan exactamente 122 días para que comience el nuevo milenio. No hay solución de continuidad entre uno y otro tiempo; entramos en él, suavemente, sin sentirlo. Es el mañana que tira del presente. Por lo tanto, son los mismos hombres quienes lo construyen. ¿Qué habéis pensado, accitanos, sobre ese mañana? ¿Cómo debe ser el Guadix del futuro?

No es este el lugar más oportuno para abordar con profundidad estas cuestiones, pero sí el momento para plantearlas, en vísperas de fiestas, cuando el ánimo está presto a la alegría, al optimismo, al cambio, requisitos imprescindibles para inventar el mañana.

Permitidme, pues, que os transmita sólo tres ideas que son respuestas a tres preguntas que exigirán en otro lugar un mayor debate ¿Qué es una ciudad? ¿qué valor, qué importancia, tiene la ciudad en Europa? ¿Cómo se construye la ciudad del mañana?

Primera pregunta: ¿Qué es una ciudad?

La respuesta nos viene de la mano de Ortega sobre la fórmula de Renán, si se sustituye el término nación por el de ciudad: "Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho juntos grandes cosas, querer hacer otras más; he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo... En el pasado, una herencia de glorias y remordimientos; en el porvenir, un mismo programa que realizar... La existencia de una ciudad es un plebiscito cotidiano"³.

Ortega considera esta sentencia de excepcional fortuna por la gracia de la coletilla "un plebiscito cotidiano". Las glorias del pasado —dice— son principios estáticos, rígidos, inertes. La ciudad no está nunca hecha: hay que querer hacer otras cosas más en un futuro común, vivir es siempre, siempre, sin pausa ni descanso, hacer.

Segunda pregunta: ¿Qué significado tiene la ciudad en la Unión Europea?

Respuesta rápida: Trascendental. La ciudad, como comunidad natural, es en Europa la base de la vida social, el centro de la economía, la educación y el gobierno. Así se proclama en el primer párrafo del documento, conocido por *La Carta de Aalborg*, que se emitió con ocasión de la Conferencia europea sobre ciudades sostenibles, celebrada en esta ciudad danesa en mayo de 1995, bajo el patrocinio de la Comisión Europea. Parece como si ese primer párrafo se hubiese escrito pensando en Guadix. Escuchad y disfrutad con su belleza:

"Nosotras, ciudades europeas... , declaramos que en el curso de la Historia hemos conocido Imperios, Estados y Regímenes, y hemos sobrevivido a ellos como centros de la vida social, portadores de nuestras economías y guardianes de la cultura, el patrimonio y la tradición. Junto con las familias y los barrios, las ciudades han sido la base de nuestras sociedades y Estados, el centro de la industria, el artesanado, el comercio, la educación y el gobierno."

Tercera y última pregunta: ¿Cómo se construye el Guadix del mañana?

Respuesta rápida: Por la senda de la modernización. Una modernización que exige cambios sociales importantes y que se asienta en cuatro pilares básicos, según Carlota Solé⁴:

i) La aplicación de la ciencia y la tecnología a las esferas de la vida social. Ciencia y tecnología propias de una nueva sociedad, más globalizada y a la vez más culturalmente particular: la sociedad del conocimiento o sociedad de la información o sociedad postindustrial que, impulsada por las tecnologías de la información y la comunicación, llenará el siglo XXI.

ii) El carácter indígena del proceso de modernización, es decir, el elemento humano. Repito, elemento humano indígena. Nadie de afuera nos va a hacer la ciudad del mañana.

iii) El papel de un grupo social nuevo (la *intelligentia*) integrado por profesionales, técnicos, emprendedores, poetas, maestros, etcétera, que aceptan la modernización como objetivo.

iv) El papel revolucionario de la educación, como un medio para llevar a término las innovaciones científicas y tecnológicas esenciales para la modernización de una sociedad, así como para la creación de las actitudes y mentalidad de los hombres modernos.

En fin, para lograr el Guadix del mañana, tenemos que hacer nuestro el grito de Albert Camus: *Soyez realiste; demandez l'impossible*. Hay que ser realistas y buscar lo imposible.

Soñemos con lo imposible para Guadix:

- Soñemos con un desarrollo que no sea mero crecimiento económico, sino un “desarrollo integral que promueva a todos los hombres y a todo el hombre”.

- Soñemos con un desarrollo sostenible que no disminuya las perspectivas de las generaciones posteriores.

- Soñemos que en el año 2020 la renta disponible por persona iguale a la media española.

- Soñemos que la mujer accitana siga tan guapa como siempre, como la molinera de Alarcón (que como guapa es guapa), y ocupe por su preparación puestos claves de la sociedad accitana.

- Soñemos con un fuerte incremento de la industria para crear empleo para cuantos lo han menester.

- Soñemos que el comercio sea innovador y competitivo con el de Granada.

- Soñemos cosas concretas como un “campus” con dos o tres escuelas universitarias; con una Escuela del Artesanado para los oficios menores; con la Orquesta “Ciudad de Guadix”.

- Soñemos en cosas aparentemente pequeñas, como por ejemplo que los accitanos contesten con puntualidad las cartas y devuelvan con rapidez las llamadas telefónicas.

- Soñemos, en fin, con una ciudad abierta. Y, sin dejar de ser accitanos, seamos también ciudadanos del mundo.

Para echar leña al fuego de la búsqueda de lo imposible, en el mes de septiembre, se va a constituir ante notario la Fundación Guadix 2020, cuyo fondo social está integrado por las aportaciones del Ayuntamiento, Obispado, Federación Granadina de Comercio y de cuatro personas accitanas o amantes de esta tierra. Se cuenta con el apoyo económico de empresas de Madrid y Granada, con la contribución desinteresada de la Universidad de Granada y de otras entidades autonómicas, provinciales y comarcales, que, como núcleo inicial, forman parte de su Patronato, que preside don Manuel Díez de Velasco. La Fundación, que está abierta a todos cuantos quieran colaborar, se presentará oficialmente en el mes de octubre en Granada y Guadix.

Cuando el emigrante vuelve a Guadix, por cualquiera de sus caminos, le da un vuelco el corazón al divisar el paisaje, bellísimo, cautivador, único. Forma parte del alma

guadijeña. Aquí la cita y el recuerdo a don Miguel Pastor es cosa obligada. Don Miguel era un optimista. "Niño -me dijo un día cuando yo pasaba de los cincuenta- casi, casi ya comprendo el Misterio de la Trinidad". Pero la cita no es ésta, es la referida al paisaje. El escribió "el único paisaje del mundo que enseña los dientes es el paisaje de Guadix. Es un paisaje erizado de dientes agresivos".

Abajo, el valle; arriba, la ciudad abigarrada, sembrada de torres y torreones, descolgando sobre ellas el grupo arquitectónico de la catedral cristiana con su torre, mástil enhiesto, desafiante, faro de creyentes y de caminantes, y la alcazaba mora. Más arriba aún, la seducción de los cerros arcillosos con sus cuevas. Y allá, en lo alto, el espectáculo de la nieve en la más bella cara de Sierra Nevada, colgada de un cielo azul provocador. Cuando el emigrante contempla las franjas de verde, ocre, blanco y azul busca algo más que la belleza del panorama. Busca la raíz de su existencia. Busco -permitidme la intimidad- como el poeta: "mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡la Religión que me enseñaron cuando niño!".⁵

¡Yo soy un hijo de esta tierra!

Y, agradecido, quiero devolverle lo que de ella recibí. Queridos amigos, queridos paisanos, queridos oyentes, abridme un hueco en vuestras vidas, aceptadme entre vosotros como uno más y permitidme que en el último tramo de mi camino contribuya a vuestra tarea de hacer de Guadix una ciudad del mañana, próspera, moderna, alegre, fiel a su cultura milenaria, envidia de Europa, ejemplo de España.

Muchas gracias por vuestra atención.

(Redobles de tambor; disparo de cohetes; suena un pasacalle)

Ya estamos en fiestas, las últimas fiestas del siglo. El ruido - ¿hay fiestas sin bulli-cio?; los cohetes -¿acaso se celebra algo sonado en Guadix sin cohetes?; y, por último la música, incrustada en el sentir accitano. Si alguna vez dejara de oírse la Banda municipal por las calles y los coros enmudecieran, la ciudad estaría muerta.

¡Viva Guadix, ciudad del mañana! ¡Viva Guadix en Fiestas!

NOTAS

¹ M. DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*; I parte; cap. XV.

² J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*; XIV, págs. 7 y 8.

³ *Ibidem*, pág. 8.

⁴ C. SOLÉ, *Modernidad y modernización*, Barcelona 1998, pág. 198 y ss.

⁵ P.A. ALARCÓN, *Cosas que fueron. La noche buena del poeta*, Madrid 1882, pág. 34.